

# Vocación<sup>1</sup>

## 1. “Os confío estas reflexiones para que las hagáis vuestras”

Con estas palabras concluye, Benedicto XVI, su Mensaje para la XLV Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones que celebramos este año. Es una propuesta ofrecida, como el mismo Papa dice, a todas las Comunidades eclesiales para que la hagan suya y les sirva de inspiración para la oración. Al igual que en sus Audiencias de los miércoles, los Mensajes para estas Jornadas de los tres últimos años son propuestas mistagógicas que nos sitúan ante el Misterio, ámbito cabal de lo vocacional. Y es justamente ahí donde nos quiere situar para que cada Comunidad eclesial haga su propia reflexión.

Reconociendo la Presencia de lo Fascinante y lo Inconcebible en nosotros, sabemos que no es nuestro, que no ha sido fruto de nuestra iniciativa o nuestro deseo sino de la acción de Dios que se sigue mostrando como Llamada irrevocable.

## 2. Fascinante

La intención es hacerlo comprensible y quizá por ello hemos presentado lo vocacional de una forma razonable. Presentarlo de este modo nos ha llevado a subrayar dimensiones como el compromiso, la opción personal o la felicidad. El deseo es otro de estos subrayados y, en buena medida, nuestra pastoral juvenil y vocacional la entendemos como una promoción del deseo. Nos las ingeniamos de mil maneras sabiendo que no lo tenemos nada fácil y, a pesar de eso, triplicamos nuestra creatividad y empleamos más y mejores recursos. Reconocemos que los niveles de respuesta suscitados en los jóvenes son distintos y que llegan a concretarse en compromisos de diversa intensidad y duración. Sin embargo, contemplamos con perplejidad que sólo en unos pocos los deseos suscitados les lleva más allá de lo concebible.

Quizá se nos ha pasado por alto una obviedad: sólo deseamos aquello que percibimos como deseable. Evidente y por ello no insistiremos. Pero no podemos ignorar, y aquí está la cuestión, que los códigos que configuran lo deseable vienen filtrados por la cultura dominante. Dicha cultura, según el jesuita irlandés Michael Paul Gallagher<sup>2</sup>, sitúa a muchos en lo trivial bloqueando así su libertad para elegir. Autores como Xavier Melloni prefieren hablar de superficialidad<sup>3</sup>. Otros, como Xavier Quinzá<sup>4</sup> lo expresan en categorías de banalidad.

Sea como sea, lo cierto es que si los códigos de lo deseable no son trastocados, siempre desearemos lo mismo aunque el objeto sea distinto. Y es que no se trata de desear más u otra cosa sino de alterar los códigos que determinan qué es lo deseable. Es evidente que elegimos movidos por el deseo pero también lo es que el deseo está codificado por ese “entramado estable de significados compartidos que es una cultura”<sup>5</sup>. Esta urdimbre cultural es la que determina qué es lo deseable o indeseable, ofreciéndonos así un abanico más o menos amplio de posibilidades. ¿Es posible desear más allá de lo que se nos ofrece como deseable? Más aún ¿pueden ser alterados los códigos que configuran nuestro deseo? Y si así fuera, ¿cómo se produciría dicha alteración?

Le sucedió a J.B. Apasionado en el seguimiento de Jesús. Implicado hasta lo indecible por el Reino. Deseaba avanzar más. Intuía que había llegado la hora de abordar lo vocacional y comenzó los Ejercicios

---

<sup>1</sup> Ignacio Dinnbier, jesuita. Centro Arrupe (Valencia) turia5@yahoo.es

<sup>2</sup> Michael Paul Gallagher: “Nuevos horizontes ante el desafío de la increencia”, *Razón y Fe* 232 (1995), 279-292.

<sup>3</sup> Xavier Melloni, “Accesos a la interioridad”, *Sal Terrae* 91 (2003) 33-42

<sup>4</sup> Xavier Quinzá, “Formarse es transformarse”, Tema del Seminario para Formadores organizado por el Departamento de Formación de CONFER, celebrado del 12 al 16 de marzo de 2007.

<sup>5</sup> Ibid

Espirituales en la vida diaria. Confirmó que el Señor le llamaba. Su apasionamiento se redobló. Vibraba como nunca. Hasta que empezaron las contemplaciones de la Pasión. El bloqueo fue fulminante. No había manera de avanzar tras este Jesús que, cargado con la cruz, le llamaba a ir con Él. Un día se hizo la luz: “he confundido seguimiento con autorrealización”, decía.

Le sucedió a M.G. Entregada incondicionalmente en la Cáritas de su Parroquia, multiplica su tiempo para abarcar innumerables proyectos. Todo le parece poco y así lo siente cuando contempla al Señor Jesús lavando los pies. En su oración identifica deseos de mayor entrega, hasta que un día se produjo un descubrimiento inesperado. Con asombro empezó a darse cuenta de que no se trataba de servir más y mejor sino de hacerlo desde donde lo hace Jesús, desde abajo. Aquello le abrió en canal. Descubrió que la mirada del Señor en el lavatorio no era una invitación a redoblar su entrega y servir con mayor intensidad. Su mirada era un imán que le atraía poderosamente hacia donde Él estaba: abajo. Inconcebible y, al mismo tiempo, fascinante.

El Señor Jesús se les presenta bajo el signo de la cruz y el abajamiento no para cuestionar sus deseos de mayor seguimiento sino para redimensionar su realización por derroteros inconcebibles. Y es que cuando el deseo está configurado desde códigos como el de la autorrealización o el del bienestar emocional sólo es posible desear aquello que los favorezca. Por supuesto, hacerlo bajo el signo de la cruz no parece la mejor opción.

### **3. Inconcebible**

Los relatos vocacionales que recorren la Escritura nos ofrecen narraciones de estas descodificaciones de lo deseable. Dejar la tierra poseída y caminar hacia un lugar que ya se le mostrará, no parece llenar de entusiasmo al patriarca Abrahám. Tampoco Moisés dio saltos de alegría cuando la propuesta era dejar de vivir huyendo y escondido en el país de Madián para plantarse delante del Faraón y cantarle las cuarenta. La queja ante el incordio que se les propone hace rápida aparición y frente a la molestia maquillada de incapacidad e indignidad, el Misterio se impone como fuego incombustible, insistente, pertinaz, irrevocable.

En todos los relatos vocacionales la irrupción del Misterio no despierta un deseo más o un deseo nuevo sino que, revelándose como Presencia, altera lo concebiblemente deseable. No lo hace ofreciendo razones convincentes o despertando emociones incontenibles. Lo hace de un modo que ni la misma persona alcanza a comprender: fascinando y atrayendo irresistiblemente. El relato de la Anunciación es paradigmático: ante la Presencia que irrumpe surge la pregunta sobre la posibilidad de algo inconcebible. Para entonces la muchacha de Nazaret ya ha entendido que no será el fruto de su deseo sino de la Fuerza que viene de lo alto.

Si el amor consiste, como nos recuerda san Juan en su primera carta, “no en que nosotros hayamos amado primero sino en que Dios nos amó primero” podemos confiar en que la irrupción de lo Fascinante y lo Inconcebible sucederá, a su debido tiempo. Se revelará en el fogonazo imprevisto o en el acontecer tedioso; en la belleza desbordante o en el dolor insostenible. En algunos confundirá, en otros pacificará. Los habrá que quedarán marcados; otros, heridos. Faltarán palabras para decirlo pero su tono será inconfundible. El Misterio, lo Fascinante, lo Inconcebible no ha dejado de irrumpir. Nos ha excedido, alterado, trastocado, descolocado y, a la vez, orientado y clarificado. Pero ha hecho falta tiempo, mucho tiempo para comprender que su Presencia era irrevocable.

### **4. Rendijas y bofetadas**

Imprevisible, pero sucede colándose por cualquier rendija. Para entonces los códigos de lo razonablemente deseable se verán alterados y lo que hasta ese momento era incomprensible e irrealizable dejará de serlo. Hay rendijas que se abren desde dentro alterando estos códigos. Otras lo hacen desde fuera. Vengan de donde vengan han logrado abrir un espacio nuevo e inexplorado en el que cabe adentrarse.

La plenitud es una de esas rendijas que se abren desde dentro. ¿Qué pasa cuando la propia vida está bien pero sientes que se queda corta? Numerosos relatos vocacionales se han tejido y se están tejiendo desde esta pregunta. Ven su vida y no es que esté bien o mal simplemente sienten que se les queda corta. No se trata de una reflexión sino de una certeza que no pueden quitarse de encima. Y es que por más deseos que acumulen, hay algo que se resiste a conformarse y aceptar el *modus vivendi* al uso. La comprensión de lo que es deseable ha quedado trastocada y alterada.

Asociamos la plenitud con la sensación de estar llenos pero, ¿qué pasa cuando no te sientes lleno sino empachado? Algunos relatos vocacionales comienzan a narrarse a partir de un tumbativo “ya no más”. Es una constatación inapelable de atiborramiento que invade a la persona empachada por saturación. Experimentan que ya no les cabe más. No se sienten llenos sino empachados. Quizás es el precio que se debe pagar para sentirse feliz en esta sociedad del bienestar. Simplemente deciden dejar de pagar ese precio.

No han llegado hasta ahí por análisis e introspección sino por una evidencia que se impone. Un buen día sucede: un choque frontal contra la realidad que se había intentado ocultar y que, de pronto, se planta con la arrogancia de quien se siente intocable e invulnerable; una fisura en la esperanza de llegar a ser lo que se deseaba; un desplome estrepitoso de los cimientos en los que se sustentaba; una hemorragia de ideales que parecían dar sentido y orientación. En esos momentos, el deseo ya no sigue un proceso lineal y ascendente sino que queda desnortado, descolocado. En esos momentos, la vida como realización de los propios deseos deja de ser la única forma de entenderla. Y es que las cuentas dejan de cuadrar y la hoja de ruta marcada empieza a resultar inconsistente. No es que esté ni bien ni mal, simplemente se están dando cuenta de que puede ser de otro modo. Pero no hay todavía claridad sobre el cómo: las preguntas surgen a borbotones; los intentos por seguir igual, inútiles; las negaciones de la evidencia, inservibles. No hay muchas respuestas, sólo un cúmulo de preguntas que se van amontonando

Alex Rovira habla del *efecto bofetada*<sup>6</sup>, un momento de lucidez donde “lo que no nos planteamos por convicción nos estalla en las narices por compulsión y reclama una respuesta. Entonces, la reflexión sentida y el sentimiento pensado se imponen”. Es entonces cuando el mundo construido con tanto esfuerzo queda alterado y se palpa la propia insuficiencia. Es entonces cuando se queda expuesto a una palabra que uno no puede decirse a si mismo.

Este *efecto bofetada* suele presentarse no tanto cuando la plenitud se identifica con la realización de ideales sino cuando, en plena crisis de realismo, se vislumbran otros derroteros. Les descoloca porque no estaba previsto en el guión. Les desorienta porque no se sabe interpretar lo que sucede y los recursos adquiridos hasta entonces no sirven. Se encuentran ante algo que ellos no han provocado, simplemente les está sucediendo. Y está siendo habitual encontrarse con jóvenes adultos que se preguntan por su vocación en estas circunstancias y lo hacen, en no pocos casos, a partir de la imperiosa necesidad de reorientar sus vidas. No han llegado hasta ahí de la mano de potentes ideales que se desean vivir, o siguiendo el rastro de nobles metas que buscan alcanzar, sino a partir de evidencias que se imponen. Es un tiempo nuevo en el que hay que desaprender que la plenitud anhelada no es el resultado de los deseos proyectados. Es un espacio nuevo en el que se empieza a descubrir que dicha plenitud es ofrecida y acogida, nunca conquistada.

## 5. Preguntar

Quienes transitan estos derroteros están haciéndose eco, a su manera, de la pregunta evangélica: “¿De qué le sirve a uno ganar el mundo entero, si echa a perder su vida?” (Mt.16,26; Mc.8,36; Lc.9,25) Lo que hasta ese momento era ganancia se ha trastocado en pérdida. No tienen argumentos, sólo evidencias con mayor peso y consistencia que muchas otras razones que pudieran darte.

---

<sup>6</sup> Alex Rovira, “La hoja de ruta personal”, *El País Semanal* (27 Enero 2008)

Llama la atención que fuera justamente esta pregunta la que Ignacio de Loyola propusiera al prometedor Francisco Javier siendo universitarios en la Sorbona parisina. La respuesta no fue, evidentemente, el entusiasmo y el apasionamiento del joven navarro sino el rechazo frontal y la resistencia sin cuartel<sup>7</sup>.

¿Porqué, entonces, empezar justamente por ahí? ¿Porqué no empezar entusiasmando y alentando grandes deseos? ¿Porqué no hacerlo presentando el ingente sufrimiento de tantos que esperan ser aliviados o el desconocimiento que muchos tienen del Nombre de Jesús? Si de lo que se trata es de despertar deseos, pongamos a la persona ante situaciones que le reten y que saquen de ella lo mejor que tiene. Alentemos su generosidad, su audacia, su altruismo. Despertemos su sensibilidad, su capacidad de afectarse. Presentémosle grandes ideales y nobles valores. Hablémosle de la felicidad que se experimenta al vivir de este modo y que nuestras gozosas vidas sean muestra palmaria. Mostrémosle a Jesús, modelo apasionante de todo ello, dador de sentido e ilusión, invitador a la felicidad más exultante.

Pero Ignacio de Loyola no empezó por ahí. Empezó por una impertinente pregunta repetida incansablemente desbrozando así un modo de proponer lo vocacional: antes de despertar los deseos en Francisco Javier altera su percepción y comprensión de lo deseable. Y lo hace no a partir de argumentos elaborados o razones convincentes sino situándolo, una y otra vez, ante la misma pregunta: “¿De qué le sirve a uno ganar el mundo entero, si echa a perder su vida?”.

De esta manera, identifica una de las cuestiones esenciales de lo vocacional: la raíz que nutre y sostiene el deseo expresado en el binomio ganar-perder. Este binomio es, sin duda, uno de los códigos que configuran qué es lo concebiblemente deseable. Ignacio de Loyola no invita a Javier a una respuesta generosa en favor de un bien mayor: ayudar a los demás o ponerse al servicio del Evangelio. Si hubiera procedido así no pasaría de proponer un valor que moviliza para alcanzar un ideal. Y no es que esté bien o mal. Lo que sucede es que, entonces, Francisco Javier tan solo habría cambiado un ideal de vida por otro.

Pero se trata de mucho más. Se trata de alterar la percepción y la comprensión de lo qué es ganar y perder, de lo qué es una vida plena y una vida que se echa a perder. Para ello, Ignacio de Loyola acude a la tradición sinóptica en su narración del primer anuncio de la Pasión (Mt.16,13-28; Mc.8,27-38; Lc.9,18-27). ¿Porqué no proponerle la invitación del Señor a dejarlo todo e ir tras Él? ¿Porqué no señalarle las diversas respuestas que se dan ante esa invitación?

En este momento inicial, Ignacio de Loyola no se sitúa en el esquema llamada-respuesta, tan habitual y frecuentado en toda pastoral vocacional. Tampoco carga las tintas en la irresistible persona de Jesús o en la misión de la que quiere hacer partícipe. Para asombro del propio Javier lo sitúa en un momento de crisis y no de plenitud cuando los desconcertados discípulos oyen con asombro que hay que negarse a sí mismo y cargar con la cruz. Echo esto ya se puede ir detrás de Jesús.

La perícopa de donde toma la pregunta planteada a Javier es un relato vocacional formulado en condicional -“el que quiera venirse conmigo”- en el que la espontánea comprensión de qué es lo deseable -“ganar el mundo entero”- queda desbaratada por el precio que se llega a pagar -“perder la vida”-. En última instancia, la pregunta ante la que está situando Ignacio de Loyola a Javier no es otra sino la del precio que está dispuesto a pagar por alcanzar los deseos que había concebido de una vida respetable y asegurada.

Una pregunta de este calibre pone en cuestión las comprensiones al uso de lo concebiblemente deseable, de lo espontáneamente asumido sin mayores convicciones. Quizá se ha venido procediendo de esta manera porque es lo normal o porque todo el mundo lo hace. Sea como sea, un buen día todo esto,

---

<sup>7</sup> Años más tarde, el que fuera primer secretario de la Compañía de Jesús dejó escrito: “Yo le oí decir a nuestro gran moldeador de hombres, Ignacio, que la más dura pasta que ha tenido entre manos fue en el principio este joven Francisco Javier del cual, Dios se ha servido más que de cualquier otro sujeto de nuestro tiempo”

como nos recordaba Alex Rovira, “nos estalla en las narices y es entonces cuando la reflexión sentida y el sentimiento pensado se imponen”. Y aquí es donde ha situado Ignacio de Loyola al apasionado de Francisco Javier.

Algunos relatos vocacionales comienzan justamente por ahí. Sea por lo que sea, llega un día en que deciden dejar de pagar un precio tan alto. Si para lograr una vida “como Dios manda” hay que atiborrarse hasta el empacho, ya no quiero más. Si para mantenerse en esa vida lo que hay que hacer es fagocitar todo lo que se me presente, ya no quiero más. No son argumentos, son evidencias que se les imponen. A su manera, se hacen eco de la pregunta evangélica: “¿De qué le sirve a uno ganar el mundo entero, si echa a perder su vida?”.

Es un momento de reorientación vital que a algunos les ha llevado a lo vocacional. Sin embargo y aunque una pueda llevar a la otra, sabemos que no es lo mismo conversión que vocación. Se pueden dar signos, tales como la radicalidad y totalidad en el planteamiento que hacen, o la determinación inquebrantable en la toma de nuevas decisiones, que pueden llevar a confundirlos. Quienes andan en este tipo de acompañamientos lo están descubriendo al ver que lo vocacional se plantea no tanto como un proyecto de vida, cuanto como la oportunidad de reorientarla.

## 6. Examinar

Al considerar el modo de proceder ignaciano en referencia a lo vocacional se hace evidente un estilo tanto agresivo. La insistente pregunta planteada una y otra vez a Francisco Javier no deja de ser una ingerencia perturbadora. La palabra no gusta. Baste recordar la incomodidad que provocó en no pocos jesuitas dicha referencia del P.Kolvenbach respecto a la promoción vocacional de la Compañía de Jesús: “debemos reconocer que el Señor nos llama a ser más activos y «agresivos»”<sup>8</sup>.

El debate estaba servido y gustase o no ponía a jesuitas, comunidades, instituciones y gobierno en el disparadero de examinar el modo de proceder hasta la fecha en la promoción vocacional. Las cuestiones que se empezaron a plantear afectaban, de distintas formas, a cada una de estas instancias: la implicación real de cada jesuita a partir de nuevas actitudes y disposiciones; la incidencia de la comunidad en la promoción vocacional a partir de una mayor apertura y hospitalidad así como de una mayor creatividad apostólica; la necesaria visibilización en la identidad de las instituciones; la toma de decisiones por parte del gobierno provincial.

En los foros en donde se plantea este debate los argumentos esgrimidos son de toda índole, siendo propuestos desde una amplia gama de perspectivas: la eclesial, la pastoral, la espiritual, la sociológica... Cada una de estas instancias aporta sus datos, sus reflexiones y sus intuiciones a partir de los presupuestos por ellas manejados. Y justamente aquí es donde parece situarse este examen al que somos requeridos: en los presupuestos de los que partimos. Situar dicho examen en la cantidad o en la calidad de lo que venimos haciendo no sólo es necesario, sino conveniente. Pero no ir más allá es quedarse cortos dado que no nos la estamos jugando en esos niveles sino en el de los presupuestos que hemos asumido y desde donde nos estamos manejando.

Y hay presupuestos desoladores que provocan que determinados escenarios de reflexión y acción no den más de sí. Presupuestos personales, comunitarios e institucionales que, en ocasiones, ponen en evidencia el desfase que puede darse entre lo que decimos y lo que vivimos. Y no puede haber discernimiento sobre lo que debemos hacer y cómo lo debemos hacer si antes no hay examen. Por ello, no se trata de seguir expresando cuantas declaraciones de intenciones consideremos oportunas. Se trata de examinar todos aquellos presupuestos desoladores que nos habitan para, como dicen los Ejercicios Espirituales, lanzarlos [EE 313].

---

<sup>8</sup> Peter Hans kolvenbach, “Carta del P. General a toda la Compañía sobre la promoción de vocaciones, 29 de septiembre 1997

Evidentemente todos estos presupuestos arraigan en datos de la realidad personal, comunitaria e institucional. Datos, en ocasiones complejos, que se presentan llenos de posibilidades y de limitaciones. Pero la cuestión no estará tanto en estos datos sino en los pensamientos, dirán los Ejercicios Espirituales, que salen de ellos. Pensamientos, presupuestos desoladores que piden ser examinados. Esta puede ser nuestra forma de acoger la invitación que nos ofrece Benedicto XVI en su Mensaje para la Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones: “os confío esta reflexión a todas las Comunidades eclesiales, para que la hagan suya y, sobre todo, les sirva de inspiración para la oración”.

### **7. A modo de conclusión: a ver quién le pone el cascabel al gato**

Que hay apuro por las vocaciones es evidente. Que lo vocacional despierta preocupación en muchos y ocupación en algunos, también. Quizá intuyen que se la están jugando. Los hay que esgrimen teorías para todos los gustos y dan soluciones de manual. No es extraño encontrarse con los que ponen cara de incordio cuando se habla de la vocación. Quizá intuyen que a continuación viene la interminable letanía sobre la falta de austeridad, de apertura comunitaria y de testimonio de vida. Están los que echan balones fuera y los que preguntan apurados qué se puede hacer y justo a su lado están los que callan porque no va con ellos. Los hay que esgrimen el argumento de la situación de la juventud, de las familias, de la sociedad, de la Congregación, de la Iglesia. Razón, seguramente no les falta, pero a ver quién le pone el cascabel al gato.

Y esto fue lo que hizo Benedicto XVI el pasado 19 de febrero cuando se encontró con los miembros del Consejo Ejecutivo de las Uniones Internacionales de los Superiores y Superiores Mayores. El motivo, reflexionar sobre «algunos aspectos particularmente actuales e importantes de la Vida Consagrada». Estos aspectos se ciñen, en su discurso, a uno solo: las vocaciones. Lo dice con elegancia poniendo el dedo en la llaga. “Es interesante constatar que tienen riqueza de vocaciones aquellos institutos que han conservado y han escogido un tenor de vida con frecuencia muy austero y fiel al Evangelio vivido «*sine glossa*»”. Un compañero jesuita, avezado en edad y entrega, lo decía a su manera en una reunión comunitaria sobre la pastoral vocacional de su Provincia: “¿no nos habremos secularizado un poco?”.